

V.— *Falso origen de que se glorian los Valdenses.*

Honrosa tradicion por cierto, si se fundaba en alguna prueba. Pero por desgracia los primeros discípulos de Valdo no la tomaban de tan arriba; y cuando querian atribuirse una grande autoridad, se contentaban con decir que se habian retirado de la Iglesia romana, cuando en tiempo del papa Silvestre I habia aceptado los bienes temporales que la dió Constantino, primer emperador cristiano. Esta causa de rompimiento es tan vana, y esta pretension es por otra parte tan ridícula, que no merece refutarse. Era necesario ser un insensato para creer que desde el tiempo de san Silvestre, es decir, hácia el año 320, hubo una secta entre los Cristianos, de que jamás tuvieron noticia los Padres. Tenemos en los Concilios celebrados en la comunión de la Iglesia romana anatemas pronunciados contra una infinidad de sectas diversas; tenemos catálogos de las herejías, publicados por san Epifanio, por san Agustin, y por otros muchos autores eclesiásticos. Las sectas mas oscuras y menos seguidas; las que aparecieron en un rincon del mundo, como las de ciertas mujeres que se llamaban Colliridianas, que solo existian en no sé qué parte de la Arabia; la de los Tertulianistas ó Abelianos, que no existia sino en Cartago, ó en algunos pueblecillos cerca de Hipona, y otras muchas igualmente ocultas, no les fueron desconocidas <sup>1</sup>. El celo de los pastores que trabajaban por reunir las ovejas extraviadas, todo lo descubria para librarlos á todos: nadie tuvo conocimiento jamás de estos que se habian separado de la Iglesia por causa de los bienes eclesiásticos. Mas moderados que los Atanasios, los Basilio y los Ambrosios, y que todos los demás doctores; mas sábios que todos los Concilios, que sin rehusar los bienes dados á las iglesias, se contentaban con dar reglas para administrarlos bien, supieron al mismo tiempo conducirse de tal modo que lograron no ser conocidos. Que los primeros Valdenses se hayan atrevido á decirlo es una extrema impudencia; pero hacer subir con Beza esta secta desconocida de todos los siglos nada menos que al año 120 de Nuestro Señor, es darse antepasados y una continuacion de iglesia por una ilusion demasiado grosera.

<sup>1</sup> Epiph. Haer. 79, tom. I, p. 1037; August. Haer. 86, 87, tom. VIII, col. 24, 25; Tertul. de Praescript.

VI.— *Objeto de este libro IX, y lo que en él se debe demostrar.*

Afligidos los reformados por su novedad que continuamente se les echaba en cara, tenian necesidad de este pequeño consuelo. Mas para sacar de él alguna ventaja, todavía era necesario usar de otros artificios: fue menester ocultar con cuidado el verdadero estado de estos albigenses y de estos valdenses. Se los supone una sola secta, aunque realmente son dos muy diferentes; por el temor de que los reformados no viesen entre sus antecesores una contrariedad demasiado manifiesta. Sobre todo, se ha ocultado su abominable doctrina: se ha disimulado que estos albigenses eran unos perfectos maniqueos, lo mismo que Pedro de Bruis y su discípulo Enrique. Se ha sabido que los tales valdenses se habian separado de la Iglesia por causas que detesta la nueva Reforma lo mismo que la Iglesia romana. El mismo disimulo se ha guardado con respecto á los valdenses de Polonia, que no tenian mas que el nombre de valdenses; y se ha ocultado al pueblo que su doctrina no era, ni la de los Calvinistas, ni la de los Luteranos. La historia que voy á trazar de estas tres sectas, aunque abreviada, no deja de fundarse en pruebas suficientes para hacer á los Calvinistas sonrojarse de tener los predecesores que han elegido.

HISTORIA DE LOS NUEVOS MANIQUEOS, LLAMADOS LOS HEREJES DE TOLOSA Y DE ALBI.

VII.— *Errores de los Maniqueos, de quienes proceden los Albigenses.*

Para entender lo que vamos á decir, es necesario saber bien lo que eran los Maniqueos. Toda su teología giraba sobre la cuestion del origen del mal: lo veian en el mundo, y querian hallar su origen. Dios no podia serlo, porque es infinitamente bueno; era necesario, pues, decian ellos, reconocer otro principio, que siendo malo por naturaleza, fuese la causa y el origen del mal: de aquí nació su error. Dos primeros principios, uno del bien, y otro del mal; enemigos por consiguiente, y de una naturaleza contraria, que

habian combatido y se habian enredado uno con otro, habian deramado, el uno el bien, y el otro el mal en el mundo; el uno la luz, y el otro las tinieblas, y así de lo demás; porque no tengo necesidad de recorrer aquí todas las extravagancias impías de esta abominable secta, que procedia del paganismo, y cuyos principios se divisaban hasta en Platon. Reinaba entre los persas; y Plutarco nos transmitió los nombres que daban al principio bueno y al principio malo. Manés, persa de nacion, trató de introducir esta monstruosidad en la religion cristiana, bajo el imperio de Aureliano, es decir, á fines del siglo III. Marcion habia aparecido ya algunos años antes, y su secta, dividida en muchas ramas, habia preparado el camino á las impiedades y desvarios que Manés añadió á su doctrina.

VIII.—*Consecuencias del falso principio de los Maniqueos.*

Por lo demás, las consecuencias que estos herejes deducian de su doctrina no eran menos absurdas ni menos impías que el principio que sentaban. El Antiguo Testamento con todos sus rigores no era mas que una fábula, ó en todo caso obra del mal principio; el misterio de la Encarnacion una ilusion, y la carne de Jesucristo un fantasma: porque siendo la carne hechura del mal principio, no podia haberla tomado realmente Jesucristo, que era el Hijo de Dios bueno. Como nuestros cuerpos venian del principio malo, y nuestras almas del bueno, ó mas bien eran su misma sustancia, no era lícito tener hijos, ni aunar la sustancia del buen principio con la del malo: de modo que el matrimonio, ó mas bien la procreacion de los hijos, estaba prohibida. La carne de los animales, y todo lo que sale de ellos, como los lacticinios, eran tambien obra del malo, y lo mismo el vino: todo esto era impuro por su naturaleza, y era un crimen el usarlo. Véase aquí, pues, á estos hombres manifiestamente engañados por los demonios, y de quienes habla san Pablo, que debian *en los últimos tiempos... prohibir el matrimonio, y reprobar como inmundas las viandas que Dios habia criado* <sup>1</sup>.

IX.—*Los Maniqueos intentaban autorizarse con las prácticas de la Iglesia.*

Estos desgraciados, que solo se proponian engañar al mundo con apariencias, querian autorizarse con el ejemplo de la Iglesia católica, en que era tan grande el número de los que se privaban del uso del matrimonio por la profesion de la continencia; y en que los

<sup>1</sup> I Tim. iv, 3.

fieles se abstenia de ciertos manjares, ó siempre, como lo hacian muchos solitarios á ejemplo de Daniel <sup>1</sup>, ó en ciertos tiempos, como en tiempo de Cuaresma. Pero los santos Padres respondian que habia mucha diferencia entre los que reprobaban la procreacion de los hijos, como lo hacian expresamente los Maniqueos <sup>2</sup>, y los que preferian la continencia con el Apóstol, y con el mismo Jesucristo <sup>3</sup>, y que no tenian por lícito volver atrás <sup>4</sup>, despues de haber hecho profesion de una vida mas perfecta. Una cosa era abstenerse de ciertas viandas, ó para significar algun misterio, como en el Antiguo Testamento, ó para mortificar los sentidos, como se continúa haciendo tambien en el Nuevo; y otra cosa era condenarlas con los Maniqueos, como impuras y malas, y como que eran la obra *no de Dios*, sino del mal principio. Y los Padres observaban que el Apóstol contradecia este último pensamiento, que era el de los Maniqueos, por estas palabras: *Toda criatura de Dios es buena* <sup>5</sup>; y tambien por estas otras: *No se debe desechar nada* de lo que Dios ha criado; y por eso decian que nadie debe admirarse de que el Espíritu Santo advirtiese tan antiecpadamente á los fieles tan grande abominacion por boca de san Pablo.

X.—*Otros tres caracteres de los Maniqueos. El primero, el espíritu de seducción.*

Tales eran los principales puntos de la doctrina de los Maniqueos. Pero esta secta tenia tambien caracteres notables: el uno, que en medio de estos absurdos impíos, que el demonio habia inspirado á los Maniqueos, habian mezclado tambien en sus discursos un no sé qué que alucinaba, y una fuerza tan prodigiosa para seducir, que el mismo san Agustin, un talento tan superior, fue preso en sus redes, y permaneció entre ellos por espacio de nueve años, muy celeso á favor de aquella secta <sup>6</sup>. Tambien se observa que era una de las sectas que se abandonaban con mayor dificultad; porque tenia para engañar á la gente sencilla prestigios é ilusiones inauditas. Se le atribuyen tambien encantamientos <sup>7</sup>: en fin, se observaba en ella todo cuanto conduce á la seducción.

<sup>1</sup> Dan. i, 8, 12. — <sup>2</sup> Aug. cont. Faust. Manich. lib. XXX, cap. 3, 4, 5, 6, t. VIII, col. 443 et seq. — <sup>3</sup> I Cor. vi, 26, 32, 34, 38; Matth. xix, 12. — <sup>4</sup> Luc. ix, 62. — <sup>5</sup> I Tim. iv, 4. — <sup>6</sup> Lib. I cont. Faust. Man. c. 10; et Conf. lib. IV, c. 1 et seq. — <sup>7</sup> Theodor. Haer. fab. lib. I, cap. ult. de Manete: p. 212 et seq.

XI. — Segundo carácter: la hipocresía.

El otro carácter de los Maniqueos era, que sabían ocultar lo más detestable que había en su secta con un artificio tan profundo, que no solamente los que no estaban en ella, sino aun los que estaban, tardaban mucho tiempo en saberlo. Porque bajo el hermoso velo de su continencia ocultaban unas impurezas que el pudor impide nombrar, y que aun formaban parte de sus misterios. Había entre ellos muchos grados: los que llamaban oyentes ignoraban el fondo de la secta; y los escogidos, es decir, los que sabían todo el misterio, ocultaban cuidadosamente el abominable secreto, hasta haber preparado á los adeptos por diversos grados. Hacían ostentación de la abstinencia, y aparentaban una vida, no solamente honesta, sino también mortificada; esta era una parte de la seducción, llegar como por grados á lo que se creía más perfecto, porque estaba oculto.

XII. — Tercer carácter, mezclarse con los Católicos en las iglesias, sin darse á conocer.

Por tercer carácter de estos herejes podemos tomar también una destreza inconcebible en mezclarse con los fieles, y en ocultarse bajo la profesión de la fe católica; porque este disimulo era uno de los artificios de que se valían para atraerlos á sus miras. Se les veía en las iglesias con los demás: recibían la Comunión; y aunque nunca recibían la sangre del Señor, ya porque detestaban el vino, de que se usaba para la consagración, y ya también porque no creían que Jesucristo tuviese verdadera sangre; la libertad que había en la Iglesia de comulgar bajo una especie ó bajo de las dos, hizo que se tardase mucho tiempo en advertir su perpétua afectación de no comulgar bajo la especie del vino. Al fin, los descubrió san Leon por esta señal<sup>1</sup>: pero era tan grande su habilidad en engañar á los ojos de los Católicos, aunque vigilantes, que todavía pudieron ocultarse, y costó trabajo descubrirlos en el pontificado de san Gelasio. Entonces, pues, para que el pueblo los conociese bien, fue preciso prohibir expresamente comulgar de otra manera que bajo las dos especies; y para manifestar que esta prohibición no se fundaba en la necesidad de tomarlas ambas, la apoya expresamente san Gelasio en que los

<sup>1</sup> Leo I, serm. XLI, que es el IV de Quadr. cap. 4 y 5.

que rehusaban el vino sagrado lo hacían por una cierta superstición<sup>1</sup>: prueba cierta de que no siendo por la superstición, que rechazaba como mala una de las partes del misterio, el uso, por su naturaleza, hubiera sido libre é indiferente, aun en las reuniones solemnes. Los Protestantes, que han creído que esta palabra superstición no era bastante significativa para expresar las abominables prácticas de los Maniqueos, no se hacen el cargo de que esta palabra significa en la lengua latina toda religión falsa; pero que se aplica particularmente á la secta de los Maniqueos, á causa de sus abstinencias y observancias supersticiosas, de lo cual son buenos testigos los libros de san Agustín<sup>2</sup>.

XIII. — Los Paulicianos, ó los Maniqueos de Armenia.

Esta secta tan encubierta, tan abominable, tan llena de seducción, de superstición é hipocresía, no dejó de conservarse y propagarse, á pesar de las leyes de los emperadores que condenaban á sus secuaces al último suplicio. El emperador Anastasio y la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, la habían favorecido, y tenía partidarios en tiempo de los hijos de Heraclio, es decir, en el siglo VII, en Armenia, provincia vecina á la Persia, de donde había venido esta fábula detestable, y que en otro tiempo estuvo sujeta al imperio. Allí fueron establecidos ó sostenidos por un tal Paulo<sup>3</sup>, de quien se les dió en Oriente el nombre de Paulicianos; por un tal Constantino, y finalmente por otro llamado Sergio; y llegaron á tener tanto poder, ó por la debilidad del Gobierno, ó por la protección de los sarracenos, ó aun por el favor del emperador Nicéforo, muy adicto á esta secta<sup>4</sup>, que al fin perseguidos por la emperatriz Teodora, mujer de Basilio (\*), se hallaron en disposi-

<sup>1</sup> Gelas. in Dec. Grat. de cons. distinct. I, cap. Comperimus; Ivo Microl. etc. — <sup>2</sup> De morib. Ecc. Cath. c. 34, n. 74; De morib. Man. c. 18, n. 65, tom. I, col. 713 et 739; Cont. Ep. Fundam. c. 15, n. 19, tom. VIII, col. 161. — <sup>3</sup> Cedr. tom. I, p. 432. — <sup>4</sup> Ibid. tom. II, p. 480.

(\*) Teodora era mujer de Teófilo. Á la muerte de este Príncipe, que sucedió en el mes de enero de 842, tomó las riendas del gobierno durante la menor edad de Miguel III, su hijo. Durante su regencia, y después de haber tentado inútilmente convertir á los Paulicianos ó Maniqueos de Armenia por las vías de la suavidad, tuvo que tratarlos con rigor. Refugiáronse aquellos herejes á las tierras de los Musulmanes, y de allí sacaron recursos para hacer la guerra al imperio. Basilio de Macedonia, que sucedió á Miguel, obtuvo contra ellos grandes victorias.

(Edición de Versailles).

ción de edificar ciudades, y tomar las armas contra sus príncipes <sup>1</sup>.

XIV.—*Historia de los Paulicianos, por Pedro de Sicilia, dirigida al Arzobispo de Bulgaria.*

Estas guerras fueron largas y sangrientas bajo el imperio de Basilio el Macedonio, es decir, al concluirse el siglo IX. Pedro de Sicilia fue enviado por este Emperador á Tibrico en Armenia <sup>2</sup>, que Cedreno llama Tefrico <sup>3</sup>, una de las plazas de aquellos herejes, para tratar con ellos del canje de prisioneros. Durante este tiempo conoció á fondo á los Paulicianos; y dirigió un libro sobre sus errores al Arzobispo de Bulgaria, por razones que veremos luego. Vosio confiesa que debemos mucho á Radero por habernos dado en griego y en latin una historia tan particular y tan excelente <sup>4</sup>. Pedro de Sicilia nos designa en ella á estos herejes, por sus propios caractéres, por sus dos principios, por el desprecio con que miraban el Antiguo Testamento, y por las demás señales que nosotros hemos indicado <sup>5</sup>. Pero nota en ellos dos ó tres que conviene no olvidar: su aversion particular á las imágenes de la cruz, consecuencia natural de su error, porque no admitían la pasion y muerte del Hijo de Dios; su desprecio hácia la santísima Virgen, á quien no tenían por Madre de Jesucristo, pues que el Señor, segun ellos, no tenia carne humana; y por su desvío de la Eucaristía.

XV.—*Conformidad de los Paulicianos con los Maniqueos, refutados por san Agustin.*

Cedreno, que tomó de este historiador la mayor parte de las cosas que cuenta de los Paulicianos, observa con él estos tres caractéres; es decir, su aversion á la cruz, á la santísima Virgen, y á la sagrada Eucaristía <sup>6</sup>. Los antiguos Maniqueos tenían los mismos sentimientos. Sabemos por san Agustin <sup>7</sup>, que su Eucaristía no era la nuestra, sino una cosa tan execrable, que ni aun se puede pensar en ella, cuanto mas escribirla. Pero los nuevos Maniqueos habian recibido tambien de los antiguos otra doctrina que conviene tener

<sup>1</sup> Cedr. tom. II, p. 541. — <sup>2</sup> Petr. Sic. Hist. de Manich. — <sup>3</sup> Cedr. ibid. p. 541, etc. — <sup>4</sup> Voss. de Hist. Graec. — <sup>5</sup> Pet. Sic. ibid. Praef., etc. — <sup>6</sup> Cedr. tom. II, p. 434. — <sup>7</sup> Aug. Haer. 46, etc., tom. VIII.

presente. Ya en tiempo de san Agustin, el maniqueo Fausto vituperaba en los Católicos su idolatría en el culto que daban á los santos Mártires, y en los sacrificios que ofrecian sobre sus reliquias <sup>1</sup>. Pero san Agustin les probaba que este culto no tiene nada de comun con el de los paganos, porque no es el culto de latría, ó de sujecion y completa servidumbre <sup>2</sup>; y que si se hacia á Dios la oblation santa del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en las tumbas y sobre las reliquias de los Mártires, se guardaban bien los fieles de ofrecerles á ellos este sacrificio; sino que esperaban solamente «citarse por este medio á la imitacion de sus virtudes, asociarse á «sus méritos, y en fin ser socorridos con su intercesion <sup>3</sup>.» Una respuesta tan terminante no bastó para que los Maniqueos no continuasen en las calumnias de sus padres. Refiere Pedro de Sicilia que una mujer maniquea sedujo á un lego ignorante llamado Sergio <sup>4</sup>, diciéndole que los Católicos honraban á los Santos como á divinidades, y que esta era la razon por que prohibian á los legos leer la sagrada Escritura, temiendo que descubrieran muchos errores como este.

XVI.—*Designio de los Paulicianos con respecto á los Búlgaros, é instruccion de Pedro de Sicilia para impedir que lograsen su intento.*

Con estas calumnias seducian á los incantos los Maniqueos, en quienes se observó siempre un gran deseo de propagar su secta. En el tiempo que Pedro de Sicilia estuvo en Tibrico averiguó que se habia resuelto en el consejo de los Paulicianos enviar predicadores de su secta á la Bulgaria, para seducir á los pueblos nuevamente convertidos <sup>5</sup>. La Tracia, que confina con aquella provincia, ya hacia tiempo que estaba infectada con esta herejía. Así habia mucho que temer por los búlgaros, si se proponian seducirlos los Paulicianos, que eran los mas astutos de los Maniqueos; y esto es lo que obligó á Pedro de Sicilia á dirigir al Arzobispo de aquellos naturales el libro de que acabamos de hablar, á fin de prevenirles contra unos herejes tan peligrosos. Á pesar de todos sus cuidados, es constante que la herejía maniquea echó profundas raíces en la Bulgaria, de donde se extendió bien pronto al resto de la Europa; por cuya razon se dió el nombre de Búlgaros á los secuaces de esta herejía, como veremos luego.

<sup>1</sup> Lib. XX cont. Faust. c. 4, tom. VIII, col. 233 et seq. — <sup>2</sup> Ibid. c. 21, et seq. — <sup>3</sup> Ibid. c. 18. — <sup>4</sup> Pet. Sic. ibid. — <sup>5</sup> Pet. Sic. initio lib.

XVII.—*Empiezan á aparecer los Maniqueos en el Occidente hácia el año 1000 de Nuestro Señor.*

Mil años habian pasado desde el nacimiento de Jesucristo; y la grande relajacion de la disciplina amenazaba á la Iglesia de Occidente con algun desastre extraordinario. Tal vez era tambien el tiempo de aquel terrible *desencadenamiento de Satanás*, marcado en el Apocalipsis <sup>1</sup> *despues de mil años*, lo que puede significar extremos desórdenes; mil años despues que *el fuerte armado*, es decir, el demonio victorioso, *fue encadenado* por Jesucristo que vino al mundo <sup>2</sup>. Sea como quiera, en este tiempo, y en el reinado de Roberto, se descubrieron en Orleans algunos herejes de una doctrina desconocida hacia mucho tiempo entre los latinos <sup>3</sup>.

XVIII.—*Maniqueos venidos de Italia, descubiertos en Orleans en tiempo del rey Roberto.*

Una mujer italiana introdujo en Francia esta vituperable herejía. Los primeros que se dejaron seducir fueron dos canónigos de Orleans, de bastante reputacion, llamados, el uno Estéban ó Heriberto, y el otro Lissoius. Costó mucho trabajo descubrir esta secta, pero en fin, habiéndose familiarizado con estos herejes y sus secuaces un tal Arifasto, que sospechó en qué consistia el secreto de la secta, confesaron con mucha repugnancia, que negaban que Jesucristo tuviese carne humana; que no creian que el Bautismo perdonase los pecados, ni que el pan y el vino pudiesen convertirse en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo <sup>4</sup>. Se averiguó que tenian una Eucaristía particular, que llamaban ellos vianda celestial: era cruel y abominable, y enteramente de la índole de los Maniqueos, aunque no consta que la tuviesen los antiguos Maniqueos. Pero además de lo que se habia descubierto en Orleans, Guido de Nogent la observó tambien en otras partes <sup>5</sup>. No es extraño que se hallen cosas nuevas y extraordinarias en una secta tan reservada, ya sea que las invente, ó que se descubran de nuevo.

<sup>1</sup> Apocal. xx, 2, 3, 7. — <sup>2</sup> Matth. xii, 29; Luc. xi, 21, 22. — <sup>3</sup> Act. Conc. Aurel. Spicil. t. II; Conc. Labb. t. IX, col. 836; Glab. lib. III, c. 8. — <sup>4</sup> Glab. ibid.; Act. Conc. Aurel. Conc. Labb. ibid. — <sup>5</sup> De vita sua, lib. III, c. 16.

XIX.—*Continuacion.*

Estos son los verdaderos caracteres del Maniqueismo. Se ha visto que estos herejes no admitian la Encarnacion, y en cuanto al Bautismo, dice expresamente san Agustin, que los Maniqueos *no le daban, y le creian inútil* <sup>1</sup>. Lo mismo dicen de los Paulicianos Pedro de Sicilia, y despues de él Cedreno <sup>2</sup>: todos á una voz nos dicen que los Maniqueos tenian una Eucaristía diferente de la nuestra. Lo que decian los herejes de Orleans, que no se debia implorar el auxilio de los Santos, era tambien del mismo carácter, y procedia, como se ha visto, del antiguo origen de esta secta.

XX.—*Continuacion.*

Nada dijeron abiertamente de los dos principios; pero hablaban con desprecio de la creacion, y de los libros en que se refiere. Esto era relativo al Antiguo Testamento; y en el suplicio confesaron que pensaban mal *del Señor del universo* <sup>3</sup>. El lector tendrá presente que este Señor es el que los Maniqueos tenian por malo. Se dirigieron al fuego con alegría, esperando librarse milagrosamente; con tanta fuerza habia obrado en ellos el espíritu de seduccion. Por lo demás, este es el primer ejemplar de una pena semejante. Se sabe que las leyes romanas condenaban á los Maniqueos <sup>4</sup>; el santo rey Roberto los juzgó merecedores del fuego.

XXI.—*La misma herejía en Gascuña y en Tolosa.*

En este mismo tiempo se vió esta herejía en Aquitania y en Tolosa, como consta de la historia de Ademaro de Cabannes, monje en la abadía de San Cibard de Angulema, contemporáneo de aquellos herejes <sup>5</sup>. Un antiguo autor de la historia de Aquitania, que ha dado á luz el célebre Pedro Pithou, nos dice que se descubrieron en aquella provincia, de que formaba parte el Perigord, *unos maniqueos que no admitian el Bautismo, el signo de la santa cruz, la Iglesia, y el mismo Redentor*, negando su encarnacion y su pasion, *el*

<sup>1</sup> De Haeres. in haeres. Manich. tom. VIII, col. 17. — <sup>2</sup> Petr. Sic. ibid.; Cedr. t. I, p. 434. — <sup>3</sup> Ibid. — <sup>4</sup> Cod. de haeres. 1, 5. — <sup>5</sup> Bibl. nov. Labb. t. II, p. 176, 180.